

LA SECCIÓN FOLLETÍN DE LA PRENSA CHILENA DESDE 1842 A 1900¹

THE SECTION OF THE SERIAL SAGA IN THE CHILEAN PRESS FROM 1842 TO 1900

Marina Alvarado Cornejo
Universidad Católica Silva Henríquez
malvarado@ucsh.cl

RESUMEN

El propósito de este trabajo es estudiar la producción difundida en la sección folletín de los periódicos chilenos desde la segunda mitad del siglo XIX hasta fines de dicha centuria, a partir de la cual intelectuales desplegaron subjetividades que, hasta antes de la inclusión y difusión de dicho espacio textual, resultaron novedosas y rupturistas debido a la heterogeneidad temática, estilística, autoral y a la serie de estrategias textuales que allí se ensayaron. En el artículo se propone una periodización para la producción de dicha sección, basándose en R. Chartier (2005) como método de trabajo. En una segunda parte, este trabajo plantea como vía de análisis crítico para los discursos folletinescos *El Narrador* de W. Benjamin (2010). Respecto del corpus de estudio, se extrajeron folletines representativos de distintos periódicos publicados entre los años 1842 a 1899.

PALABRAS CLAVE: Folletín, prensa periódica, siglo XIX, narrador.

ABSTRACT

The aim of this work is to study the production of the serial saga (or *feuilleton*) section in Chilean newspapers, from the second half of the 19th century until its end. During this period, intellectuals were known to deploy subjectivities that, even prior to the inclusion and dissemination of such textual space, were novel

¹ Este trabajo forma parte del proyecto FONDECYT Regular N° 1140222, titulado “La sección folletín de la prensa en Chile (1842-1900): inclusión, difusión y transformación de una sección que fue mucho más que novelas por entrega”, patrocinado por la Universidad Católica Silva Henríquez, y del cual soy la investigadora responsable.

and ground breaking due to the thematic, stylistic, and authorial heterogeneity and to the series of textual strategies that were tested at this point. We propose a periodization for the production of this serial saga section, using R. Chartier (2005) as a working methodology. Moreover, we make use of W. Benjamin's *El Narrador* (2010) to establish a critical analysis of the feuilleton discourses. Regarding the corpus of study, we selected representative serial sagas of different newspapers published between 1842 and 1899.

KEY WORDS: *Feuilleton, chilean press, nineteenth century, narrator.*

Recibido: 23 de noviembre de 2016.

Aceptado: 8 de septiembre de 2017.

1. INTRODUCCIÓN

El folletín latinoamericano y buena parte de las investigaciones que se ocupan de él, como Gina Cánepa (1989), Carmen Acosta (2009, 2012), Juan Ignacio Ferreras (1972), Carol Arcos (2010) y Elizabeth Garrels (1988), es estudiado, identificado y vinculado, principalmente, con las novelas por entrega o facsimilares que se distribuyeron a través de diarios y revistas culturales desde la segunda mitad del siglo XIX hasta comienzos del XX. De acuerdo con Álvaro Barros-Lémez (1992), el origen de este fenómeno periodístico se remonta a la prensa inglesa del siglo XVIII, el *London Post*, en donde se publicó, a partir del sistema “por entregas”, *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe. A este antecedente se suma lo acontecido en la prensa francesa, en el mismo siglo, pues allí apareció en los periódicos que tenían por molde a aquellos catalogados como cultos “una sección-generalmente final del periódico- bajo el título ‘Cosas Cultas’” (Barros-Lémez 23), dentro de la cual se abordaban diferentes temas en un tono próximo al comentario.

Si bien el folletín alcanzó reconocimiento y fama en la época de su surgimiento y hasta el día de hoy por el material narrativo que allí se difundió, al punto de entenderse la palabra “folletín” como sinónimo de novela facsimilar, lo cierto es que este no fue el único producto escritural que bajo ese nombre se publicó en la prensa chilena a partir de 1842.

El folletín se instaló en Chile gracias a Domingo Faustino Sarmiento y el diario *El Progreso*, que en ese entonces él dirigía. La propuesta sarmientina en torno a esta novedosa inclusión planteaba que el folletín se constituiría en una sección permanente en la cual se tratarían diversos temas, a la usanza de los periódicos de Francia; pero lo más importante es que cada uno de esos asuntos serían desarrollados por entendidos en dichos aspectos de la vida cotidiana (moda, literatura, cultura, arquitectura, comercio, historia, etc.), por lo cual no solo se informaría al público sino que además se le aconsejaría.

El Progreso fue el precursor del folletín, pero no el único periódico que lo incorporó, ya que un número considerable de diarios y revistas culturales chilenos

de la época se apropiaron también de dicha sección tanto en su opción para difundir novelas por entrega como también según el criterio de Sarmiento.

Para efectos de este trabajo, estudiaremos la sección folletín en su segunda acepción, debido a la proyección, novedad y relevancia que tuvo para la prensa cultural chilena de los albores de la modernidad. Debido a los escasos trabajos en donde se hace la aclaración respecto de la sección folletín y sus variantes en los dos aspectos ya indicados (contamos dentro de esas excepciones a Barros-Lémez, 1992; Pas 2001, 2012; Laera, 2003), aquí analizaremos el folletín en el contexto de la prensa de Chile del XIX, distinguiendo sus aportes para los periódicos, especialmente para el proceso de modernización del periodismo. Además, proponemos un breve análisis del desarrollo del folletín y los cambios que la sección experimentó, para lo cual nos basamos en la noción de “construcción de sentido” de Roger Chartier (2005). En cuanto a la crítica discursiva de los folletines, debido a la heterogeneidad del material allí publicado, la diversidad de géneros, estilos, recursos y estrategias empleados por los autores, y por lo inadecuado que resulta preguntarnos en el 1800 respecto de si se trata de textos literarios, periodísticos o históricos, proponemos una lectura de éstos haciendo operativas las ideas centrales que Walter Benjamin desarrolla en *El Narrador* (2010).

2. EL FOLLETÍN EN EL CONTEXTO DE LA PRENSA CHILENA

Para los estudios sobre literatura y prensa en el siglo XIX en Chile, como es nuestro caso, el año 1842 constituye una fecha clave debido a los importantes acontecimientos que allí se suscitaron, todos cambios sustanciales para el desarrollo de dichos ámbitos de la vida cultural nacional.

En primer lugar, en el año 1842 Domingo Faustino Sarmiento, político e intelectual argentino proscrito² en Chile por el ascenso al gobierno de Juan Manuel de Rosas, conocido también como “el restaurador de las leyes”, hizo eco entre los intelectuales de Santiago de Chile por su participación y fundación de los periódicos *La Revista de Valparaíso*, *El Museo de Ambas Américas* y *El Progreso*. Dentro de las varias razones del revuelo provocado por Sarmiento y sus demás compatriotas también conocidos como la generación del 37 (Juan María Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi y Vicente Fidel López, entre otros), la más bullada fue la incorporación de un nuevo formato al

² Ricardo Rojas, apuntando al mismo asunto, los denominó proscriptos, concepto que utiliza para referirse a las causas por las cuales fueron desterrados los letrados argentinos durante los años 30 del siglo XIX: la primera, por el desacuerdo con la tiranía de Rosas; y la segunda, por la necesidad rosista de acallar a dichos intelectuales quienes con su producción literaria eran considerados agresores del nuevo régimen. Esta situación provocó que el periodismo se “degenerara en una rabiosa mazorca de la inteligencia” (276).

escenario periodístico nacional: la revista cultural. Sobre esta novedad, José Victorino Lastarria señaló lo siguiente:

Dos periódicos literarios, en la forma de las revistas europeas y nutridos de artículos serios y originales o traducidos, fundan aquellos emigrados en Valparaíso. Uno de aquéllos era *La Revista de Valparaíso* fundada en febrero de 1842 por Vicente Fidel López, con auxilio de las producciones de Gutiérrez y Alberdi, todos ellos argentinos emigrados. El otro era *El Museo de Ambas Américas*, publicado por Rivadeneira y dirigido por el colombiano Juan García del Río [...] (Valdebenito 60-61).

La inquietud cultural, las críticas de los intelectuales argentinos hacia la producción literaria en Chile y las posibilidades de transformar la arena política en un tema susceptible de ser abordado estéticamente, propiciaron que, también en 1842, Lastarria fundara *El Semanario de Santiago*, el cual estaba proyectado como una publicación cultural con particular preocupación en las letras. Sin embargo, y por consejo de Andrés Bello, José V. Lastarria debió incluir diversos temas, desde los clásicos ensayos historiográficos, hasta la transcripción de las sesiones del senado. No fue hasta 1848, con *La Revista de Santiago*, que Lastarria logró incorporar artículos sobre la literatura chilena y a escritores jóvenes que anteriormente no habían sido considerados, así también abordar temas que otrora estaban vedados. Prueba de lo anterior es que en *La Revista de Santiago* Lastarria publicó su polémico “Manuscrito del Diablo”, en tanto que Joaquín Blest Gana presentó “Causas de la poca originalidad en la literatura chilena”; ambos textos tienen como eje argumentativo la crítica y comentario mordaz a las costumbres y formas de sociabilidad del Chile de esa época.

El tercer hito corresponde al discurso de incorporación a la Sociedad Literaria que José Victorino Lastarria ofreció en mayo de ese mismo año (1842), en donde una vez más el chileno abogó por la necesidad de dar un sello nacional y original a la literatura local, así como también diversificar el, en ese entonces, reducido circuito de productores. Los planteamientos del autor de *Don Guillermo*, además, estaban motivados por las críticas y polémicas³ que hacia la fecha de dicha intervención ya habían intercambiado chilenos y argentinos.

³ Las polémicas a las cuales hacemos referencia son dos, ambas en 1842. La primera es la llamada “Controversia Filológica” en donde se vieron involucrados Domingo Faustino Sarmiento y Andrés Bello. El centro de la discusión se debió a que el argentino acusó a Bello de impedir que la juventud siguiera las ideas de la Ilustración. La segunda polémica surgió por el artículo publicado por Vicente Fidel López llamado “Clasicismo y Romanticismo” en la *Revista de Valparaíso*, el cual fue respondido en *El Semanario de Santiago* por Salvador Sanfuentes.

A lo ya expuesto, se agrega un último suceso, también ocurrido en el 42, el cual guarda directa relación con el objeto de estudio de este trabajo. A través del periódico *El Progreso*, Sarmiento, su director, introdujo a la prensa chilena la sección folletín. El trasandino inspirado en lo que vio de la prensa parisina, señaló que “un buen folletín puede decidir de los destinos del mundo dando una nueva dirección a los espíritus” (Ct. en Laera 2003, 417), razón por la que en el primer número de ese diario plantó las bases respecto del material escritural que allí se debía publicar, señalando que,

Nuestro folletín será para el solaz del espíritu [lo] que los postres son para el regalo del paladar. [...] Las modistas parisienses Mlle. O. y Mlle. V. nos instruirán de vez en cuando del jénero del vestido [...] Las tertulias, los conciertos y reuniones [...] formarán algunas veces el fondo de un folletín [...] Tendrán en este lugar privilegiado, grata y cordial acogida los ensayos literarios de nuestros jóvenes, [...] nos acercaremos el lunes a la Sociedad de Agricultura [...] Otro tanto haremos con la Sociedad Literaria que promete frutos [...] (*El Progreso*, n°1, 1842, s/d).

El proyecto del autor del *Facundo* en Chile, a través del folletín, tuvo logros y alcances novedosos, incluso si se le compara con la prensa de su país de origen, cuestión que corroboramos con lo que señala Alejandra Laera (2003), quien explica que en la prensa chilena [la sección alcanzó un] “aggiornamento [...] [que] no había alcanzado en la prensa rioplatense” (418), puesto que en la prensa argentina del XIX la principal función del apartado fue difundir novelas y no la gran cantidad de material escritural, híbrido temática y estilísticamente que en la prensa chilena sí logró.

La prensa chilena vio en esta sección una posibilidad cierta de crecimiento y expansión, pues encontraron en el folletín y en sus juegos de suspenso, pausa e intervención, una posibilidad de venta y suscripción fiel (que efectivamente les funcionó). Por otro lado, es importante tener en cuenta que los periódicos (diarios y revistas), en el contexto de las últimas décadas del XIX, se estaban jugando la construcción y delimitación de la nación desde una perspectiva intelectual e ideológica con el propósito de afianzar la independización, con el objetivo de derrocar, finalmente, el espíritu colonial⁴. Respecto del lector, tal como indica Pas (2012), éste también había cambiado, pues desde ese momento tenía interés en la escena pública, por lo cual los

⁴ Sobre esto, es importante señalar que a fines del siglo XIX la Colonia es metafórica en distintos textos (novelas, comentarios, ensayos, etc.), como un período oscuro, lleno de ignorancia. Muestra de esto es la novela *Casa grande* de Orrego Luco, la cual por medio de su trama demuestra la crisis que el choque entre la Colonia y la Independencia dejó entre los personajes allí involucrados.

periódicos se constituyeron en mediadores y agentes privilegiados para la conformación de la opinión pública⁵.

Distinguimos tres momentos dentro del desarrollo de la sección folletín en Chile; las divisiones que proponemos están organizadas de acuerdo a lo que señala Roger Chartier en *El mundo como representación* (2005). Allí, el historiador explica como vía metodológica, que los textos deben ser descifrados en sus disposiciones y estrategias, ya que ellos, en nuestro caso la sección folletín, dependen de las formas en que son recibidos por los lectores, lo cual trae como resultado la preocupación por la “apropiación [...] de usos e interpretaciones, relacionados con sus determinaciones fundamentales e inscritos en las prácticas específicas que los producen” (2005 53). Es decir, las formas en que los textos son comprendidos, practicados y manejados, ya que se suscitan redes de prácticas que provienen desde distintos ámbitos de la vida social, pero determinan los modos de relacionarse con esos textos. Conforme a lo anterior, es que hemos considerado que fueron tres los momentos clave para el apartado de la prensa escrita que nos ocupa, en donde es posible identificar transformaciones notorias motivadas tanto por razones intratextuales como extratextuales.

El primero y, por supuesto con la licencia sarmientina en 1842, esta sección ligada directamente al periódico *El Progreso*, se paseó entre la crónica social, comentario y lo que hoy distinguiríamos como columna de opinión, debido a los temas y tono que estos textos tenían. A continuación citamos un ejemplo del diario antes mencionado, el cual trata sobre la importancia de las inmigraciones y la colonización para la industria y la expansión territorial en Sud América:

Sociedad de Industria y Población

Artículo I

He aquí una de las grandes cuestiones que llama hoy la atención del público. Es sin duda un espectáculo interesante ver a la prensa periódica tan seriamente ocupada de debatir el pro i el contra de un proyecto que a mas de afectar intereses individuales tiene una gran tendencia a desenvolver la proesperidad, aumentar

⁵ La opinión pública la entendemos desde Hannah Arendt, quien señala que lo que verdaderamente existe es una esfera pública, la cual, “al igual que el mundo en común, nos junta y no obstante impide que caigamos uno sobre otro, por decirlo así. Lo que hace tan difícil de soportar a la sociedad de masas no es el número de personas, o al menos no: de manera fundamental, sino el hecho de que entre ellas el mundo ha perdido su poder para agruparlas, relacionarlas y separarlas” (2009 62).

la población i mejorar la industria de país. *El Progreso* habría cumplido mal su misión si no hubiera tomado parte en la discusión (n° 27, 12 de diciembre, 1842).

Un segundo momento lo reconocemos a partir de las publicaciones de 1870, las que vieron en la sección folletín la posibilidad para generar un capital que hacia dicha fecha les era esquivo: los lectores específicos para la prensa, especialmente las revistas culturales; es decir, aquellos letrados que buscasen nutrirse intelectualmente, informarse y a la vez distanciarse de la noticia dura y las discusiones políticas sin estrategias. Este segundo momento, además, estaría propiciado por los cambios que surgieron en esta misma década, ya que, se consagra el ascenso del liberalismo y su potestad sobre la cultura, la economía y la sociedad, lo cual trajo como consecuencia que en 1871 se instalasen los primeros gobiernos liberales. A lo ya señalado se suma la Ley de Imprenta, según explica Eduardo Santa Cruz (1998), en donde “el nuevo marco legislativo instalado a partir de la normativa promulgada en 1872, le permitió un notable desarrollo y especialmente que comenzara a cambiar radicalmente su carácter. En estas décadas comienza a configurarse el periodismo liberal moderno, el cual tiene como expresión orgánica, la empresa periodística [...]” (4). Desde esa libertad, la revista le otorga tanto al lector como al productor una crítica estetizada de la política, siendo la sección folletín el sitio propicio para ello. Lo anterior se lee en *La Brisa de Chile*, de 1875:

Utilidad de los Periódicos Literarios

Si hai algo que signifique adelanto, algo que propenda al progreso i civilización, ese algo es sin disputa alguna: el periódico literario. El es en verdad el mejor amigo, el mejor consejero del hogar doméstico. Un periódico literario es uno de los mas aventajados campeones del progreso, el primer centinela que da el grito de alerta a la juventud que parece estar in statu quo, que parece dormir en un profundo sueño letárgico. Un periódico literario a la vez que instruye, agrada i a la par que entretiene, acostumbra al trabajo intelectual [...] (*La Brisa de Chile* n° 1, 1875, s/d).

El tercer momento, posterior a 1890, está motivado por cambios importantes tanto para la prensa como para la literatura chilena del período. En el año 1888 se publicó en Valparaíso el libro *Azul...* de Rubén Darío, cuya relevancia se debe a su originalidad frente a las demás manifestaciones literarias preexistentes, debido a que esta obra representa el inicio del Modernismo. Si bien esta propuesta estética no obtuvo un eco inmediato entre los escritores chilenos, para estos significó un cambio en su estilo de vida, pues en adelante van a cuestionar y cuestionarse respecto de las opciones de profesionalización y las posibilidades de subsistir siendo escritor. Esta situación converge directamente con el proceso de delegación, o, al decir de Gonzalo

Catalán (1984) “la redefinición que se opera en las clases social y culturalmente hegemónicas respecto del nuevo campo literario” (140), lo cual va a traducirse desde el punto de vista del campo intelectual en la autonomización de la esfera de producción literaria⁶, la cual implicó para los agentes la consolidación y emergencia de nuevas posiciones. A los antecedentes ya entregados, se suma la Guerra Civil del 91, la cual culminó con la muerte del presidente de turno, José Manuel Balmaceda. Este hecho se transformó en fuente de inspiración y también de lucha para los escritores, ya que ellos, en su gran mayoría jóvenes de menos de 25 años y provenientes de las capas medias, como es el caso de Ricardo Fernández Montalva, Narciso Tondreau y Pedro Antonio González, elevaron a Balmaceda y a los hombres caídos en la lucha y exiliados por la causa del liberal, al estatus de héroe o, al decir de Cristián Gazmuri (2012), “casi de un profeta” (35).

En este contexto, la sección folletín presentó las siguientes extrañezas: en buena parte de los periódicos en donde habitualmente la sección estaba incluida y nominalizada como tal, luego de este año, ya no llevó más el título “folletín”, pese a ser el mismo tipo de texto, con iguales técnicas constructivas, es decir, la entrega periódica del material, el uso del suspenso y fórmulas discursivas habituales como el “continuará”, sumado al tono reflexivo, dialógico y a los autores que lo practicaban. Respecto de las temáticas abordadas, éstas se vinculan con el campo de acción de la publicación o intereses específicos del área disciplinar a la cual ese periódico estuviera contribuyendo. Las razones de esto último serían: primero, la preeminencia de la novela por entregas dentro de esta sección, lo cual capitalizó el nombre. Segundo, hacia fines del XIX se otorgó una connotación negativa al nombre “folletín”, pues se le asoció a los pasquines políticos sin trascendencia, también conocido como prensa de cordel. Tercero, la sección folletín dio para varias manifestaciones discursivas, entre ellas la columna del escritor propia de inicios del XX, por lo cual nominar de una solo forma a “ese” espacio escritural podía resultar más confuso para el lector que orientador. Cuarto, hacia fines de siglo se comenzó a organizar la prensa por áreas disciplinares, es decir, ya encontramos en el panorama periodístico revistas autodenominadas literarias, teatrales, científicas, históricas, políticas, populares, etc. Esta prensa liberal procuró reducir paulatinamente los espacios de opinión y las polémicas individuales, debido a que estas publicaciones tomaron conciencia sobre sí mismas en tanto agentes constructores de los campos específicos y no vehículos de comunicación personal⁷, por lo

⁶ Las nociones autonomización y campo las conceptualizamos desde Pierre Bourdieu (2005).

⁷ Sobre el proceso de constitución de las revistas en agentes institucionalizadores de los campos, profundizamos en el trabajo *Revistas culturales y literarias chilenas de 1894 a 1920: legitimadoras del campo literario nacional* (2015).

tanto, las manifestaciones confrontacionales (cuyo tema fuera el mismo sobre el cual versara la revista) o las líneas de acción de los productores, se limitaron a los editoriales. Ejemplo de lo señalado se lee en la “revista popular” de Valparaíso *El Lorito*, 1894,

El actual Congreso está llamado a salvar al país de la crítica situación en la que los ajiotistas⁸ i banqueros le han sumido con el apoyo de la revolución del 91, esclaman diariamente los hijos del pueblo, o mejor dicho las víctimas de los ladrones públicos (s/d).

Al texto citado le acompañan además los siguientes versos titulados “A quien le venga”,

El año noventa i uno
 Fue un año mui fatal,
 Porque a Chile trajo un mal
 Miserable cual ninguno.
 Pues el pobre desayuno
 No toma hoi porque el bribon
 Vampiro de esta Nación
 Le está robando el trabajo [...] (*El Lorito*, nº 2, junio 21, 1894, 1).

3. EL FOLLETÍN EN CLAVE BENJAMINIANA

Uno de los propósitos centrales de la sección folletín, teniendo en cuenta que su ideólogo en Chile fue Domingo F. Sarmiento, fue derrocar la barbarie. Sobre esto, Julio Ramos indica que “el periódico [y todos sus componentes] no solo cristalizaba la ‘racionalidad’, el orden que se identificaba con la estabilidad y delimitación nacional, sino que permitía[n] extender ese orden a las zonas insubordinadas de la ‘barbarie’. Convertir el ‘bárbaro’ en lector [...]” (126). Para transformar a este “bárbaro” en lector, era necesario transmitir los mensajes en una lengua comprensible e identificable, lo cual intentó hacer el argentino, según explica Álvaro Fernández Bravo (1997):

[...] al abogar a favor de una lengua escrita que reflejara con mayor fidelidad el habla popular de los chilenos, Sarmiento no solo desafiaba el apego a la norma peninsular recomendada por el intelectual caraqueño [Andrés Bello] sino que consideraba éste un gesto necesario para la independencia cultural (143).

⁸ Conforme a la R.A.E. (2015 *on line*), ajiotista o, de la forma actual, agiotista, significa: Persona que hace uso del agiotaje, es decir, persona que hace especulación abusiva hecha sobre seguro, con perjuicio de tercero.

Sobre la relevancia del idioma para un país y los modos en que éste se debía practicar versó una de las famosas polémicas de Domingo F. Sarmiento con Andrés Bello, ya que, el segundo defendía una lengua normativa y disciplinante, en tanto que el primero aplaudió el artículo “Ejercicios populares de la lengua castellana” (publicado en el *Mercurio de Valparaíso* en 1842) de Pedro Fernández Garfias, el cual apelaba por la validación del habla particular del pueblo chileno, reprobando ciertos términos que no representaban las expresiones del país. Todo esto desembocó en la llamada “Controversia Filológica”, en la que Sarmiento y Bello se explayaron por medio de varias contestaciones hechas en la prensa. En las primeras de sus contestaciones a “un quídam” (A. Bello), el autor del *Facundo* señaló lo siguiente:

Un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo i cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla como el limo i las arenas que arrastra en su curso; [...] (Sarmiento s/d).

La estratagema que permitió la complicidad entre el escritor de esta sección, los folletines y sus lectores, fue la construcción heterogénea y la heteronómica de los discursos que allí se transmitieron. Esto es coherente con el contexto, sobre el cual Juan Poblete (2002) indica que

junto al folletín aparecieron o se refuncionalizaron otros vehículos de la palabra escrita, como la revista, el álbum y el almanaque; y otras formas discursivas [...] Todos ellos fueron otros tantos espacios de escritura y lectura en que se libró la lucha por legitimar una cultura de tendencias mesocráticas [...] (98).

Carlos Ossandón y Eduardo Santa Cruz (2001), por su parte, explican que “el nuevo entramado comunicativo, más plural y diversificado, supuso una alteración profunda de los órdenes principalmente *letrados* y *cultos* tradicionales, generando unos trastornos, desavenencias, fugas o reacomodos que nuestros *modernistas* dieron cuenta” (138). En otra parte, señalan que “el cambio de carácter que experimenta la prensa a partir de la segunda mitad del XIX o la inicial constitución de un entramado comunicacional donde pululan distintas identidades, públicos y perspectivas políticas, y que hace valer dinámicas y explosiones propias, acarreará un conjunto de desencuentros y aperturas” (Ossandón y Santa Cruz 15).

En este contexto, de erosiones sociales, culturales y políticas, el surgimiento de nuevas voces y también de nuevos temas y problemáticas, la sección folletín, como buen producto de su época, se vuelve un material complejo de estudiar por causa de la serie de cruces que la atraviesan. Por esa razón, hemos considerado para analizar y leer críticamente los folletines no novelescos de dicha sección las ideas centrales que Walter Benjamin (2010) plantea en *El Narrador*. Debido a la multiplicidad de géneros

y estilos enunciativos que se transmiten en los discursos-folletín (heterogeneidad y heteronomía), resulta ordenador sistematizar dichas escrituras, las cuales pese a ser tan diversas entre sí y aparentemente todas disímiles, guardan rasgos centrales que son, a nuestro entender, la fuerza central que nos va a llevar a comprender los motivos por los cuales esta sección fue tan valiosa para los proyectos de nación, civilización, educación y diversificación de la prensa y de los lectores.

Los ejes centrales del ensayo de Benjamin son narración y experiencia, debido a que la primera va a estar claramente presente en todos aquellos intercambios cuyo eje rector sea la vivencia particular. Por lo tanto, el arte de narrar va a surgir por la necesidad de dar a conocer una experiencia particular a partir del lenguaje individual de quien narra. Es por esto que el narrador no está en la novela, pues ésta depende de un proceso industrializado (del libro y de la imprenta), perdiéndose todo el valor “artesanal de la comunicación” (2010 21). Sin embargo, al narrador sí lo podemos encontrar en la crónica, a quien Benjamin denomina “el narrador de la historia” (2010 32), pues lo importante allí es el valor testimonial y no la objetividad que la historiografía requiere. Julio Ramos (2003) explica que los rasgos señalados (la heterogeneidad y heteronomía) son propios de la crónica modernista finisecular, la cual es “un campo de lucha entre diferentes sujetos y autoridades”. Esas características se comparten e incluso se acentúan en el material de la sección folletín, debido a las tretas que allí se despliegan: la enunciación se articula desde la experiencia del hablante; se hacen vínculos con hechos históricos; la inclusión de personajes como héroes; el efecto de inacababilidad del relato; volver cotidianos a personajes reconocidos dentro del pabellón nacional; y transformar acontecimientos comunes en hechos épicos. Se suma a esto la diversidad de géneros que allí se emplean, pues se mezclan elementos del drama con poesía, narración, fábula, epístola, crónica, biografía, etc.

En “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” (1989), Benjamin problematiza una cuestión que en el ensayo sobre el narrador retoma, esto es el aura, su ruptura y la responsabilidad de los medios masivos en este quiebre. El aura corresponde a la trama que urden el tiempo y el lugar específicos en torno a una obra particular, los cuales le otorgan su verdadera peculiaridad; en palabras de Benjamin, “el modo aurático de existencia de la obra de arte jamás se desligue de la función ritual [...] el valor único de la auténtica obra artística se funda en el ritual en el que tuvo su primer y original valor útil” (1989 26). De allí que el filósofo alemán señalase que “la técnica reproductiva desvincula lo reproducido del ámbito de la tradición. Al multiplicar las reproducciones pone su presencia masiva en el lugar de una presencia irrepetible” (1989 22). No obstante estas apreciaciones en las cuales la prensa, como es nuestro caso, no es bien estimada por la propuesta benjaminiana, a diferencia de Theodor Adorno, Benjamin “ve en esta posibilidad la apertura del arte hacia su utilización política, fuera ya del estado ‘ritual’ en que estaba sumido” (Gómez Redondo 153). Por lo anterior, para la lectura del material escritural de la sección folletín debemos

fijarnos en el método creativo que proponen estos para subvertir los órdenes de poder establecidos y ver de qué modo bifurcan las situaciones circundantes.

La heteronomía en la sección se manifiesta, específicamente, en la perspectiva desinstitucionalizada y subjetiva desde la cual se articulan los discursos, tanto en temas cotidianos como en asuntos de interés nacional e internacional. En otras palabras, los textos de esta sección entregan la contracara de los hechos. En ocasiones, esta mirada nos recuerda a la idea de “intrahistoria” de Azorín de fines del XIX, debido a la confianza y falta de pudor propios de la anécdota; un ejemplo de esto lo leemos en el folletín de *El Progreso*,

Folletín Comunicado

Apuros de un articulista

Me hallo falto de material para un folletín del “Progreso”, quiero escribir aunque sean disparates, i el único modo como formar un artículo es hablando de todo un poco, aunque el resultado sea ninguno, porque si escribo es solo por adquirir alguna reputación sencilla de literato y estar a la derniere, pues el que no escribe en “El Progreso” dicen las niñas no está a la moda, como no lo está el que no se ha suscrito [...] Es una gran satisfacción que llegue uno de visita a una casa i digan las muchachas; “ya sabemos que es V. el autor del folletín de hoy, está mui bueno, i esto se lo dicen con tal ahínco [...] que uno tiene que decir, sí, yo soi el autor, aunque sea tan autor como Zamora. [...]” (*El Progreso*, nº 16, 28 de noviembre, 1842, s/d).

La narración de una situación aparentemente sin importancia, que nace desde una experiencia particular, funciona como la mascarada perfecta para transmitir un mensaje que organizado con una enunciación imparcial y objetiva no captaría la misma atención e interés en los lectores. En este sentido, estamos frente a los primeros atisbos de transformación desde una lectura “extensiva” a otra “intensiva”⁹, lo que pronto a inicios del siglo XX dará como resultado el (h)ojeo gracias a las revistas ilustradas y magazinescas. Respecto de la cita referenciada, entonces, cuestiones clave para la época, puntualmente para las aún prematuras esferas literaria y periodística, tales como autoría, primeras señales para la profesionalización del escritor, uso de seudonimia y desacralización del literato, aquí aparecen reflejadas.

En la misma línea de la cita de *El Progreso* y con un mensaje similar, *El Picafloor* se hace cargo también de la cuestión de la autoría, del modo de construcción

⁹ Las ideas sobre ambos tipo de lectura las hemos tomado de Carlos Ossandón (1998).

de los periódicos y de la imprenta, aspecto, este último, de suma relevancia para la década del 70:

¡¡Escriba usted, Señor!!

Ayer, a primera hora i con la calma de los justos, encaminé mis pasos a la imprenta i llegué para recrearme viendo transformado en letras de molde el parto portentoso de mi pluma. Pero ¡oh terrible desgracia! No hago sino entrar i el compajinador me dice:

- Falta composición.
- Hombre, eso no es nada, aquí traigo gran cantidad.
- ¿A ver?...una, dos...tres, poniéndola en tipo mas grande i tres que hai compuestas, seis; faltan aun dos columnas, señor, pues en periódico lleva ocho.
- Pero hombre, por Dios santo, ¿de dónde quiere Ud. Que le dé mas composición? Ya he escrito cuanto sabía de memoria; busque Ud., hombre, i llene esas dos columnas con lo que se antoje, pero llénelas, porque no es posible que salgan en blanco [...]
- ¡Oh! Reniego del periodismo que en tales conflictos me pone...Pues bien, escribiré; sí, señor, escribiré. Tengo en mi casa un almanaque divertido i tomaré de él cualquiera anécdota [...]
- Pero ¿i la crítica? ¿no teme Ud. La crítica que dirá que su periódico es plajiado? [...] (*El Picaflor*, nº 1, 1875, 2).

En el folletín de *El Picaflor*, queda de manifiesto la relación entre quienes detentan el poder (el encargado de la imprenta), y por otro, el del sometido (el escritor que debe atenerse a las condiciones de las imprentas de la época para poder difundir sus ideas).

Otra característica de la propiedad heterónoma de los folletines es su insolencia y falta de protocolo en la transmisión de los mensajes; muestra clara de esto la vemos en *El Huasquino* de 1856:

Imbécil i estúpido pueblo: yo te saludo con el debido respeto i te dedico la historia de mi vida, sin tratarte de respetable ni ilustrado: porque me he propuesto narrar la pura verdad en el hilo de mi historia, i no quiero mofarme de ti, como lo hacen frecuentemente algunos llamándote *ilustrado y respetable* [...]

Hermano pueblo: eres por acaso ilustrado? No: porque mal y por mal solo una parte tuya sabe leer y escribir, incluyendo en el resto ricos mineros, glotonos hacendados, comerciantes envejecidos i muchos que visten de levita y calzan guantes de cabritilla. Hermano pueblo: eres por ventura respetable? No: porque hasta los pacos te gobiernan a palos. Eres imbécil? Sí: porque te hacen creer i comulgar las mayores mentiras i juegan diariamente contigo a la pelota. La primera comunión es hacerte creer que todos somos iguales ante la lei. Solemne mentira, porque nosotros no somos iguales, ni ante Herodes, ni ante Pilatos, ni ante los hombres, ni ante la justicia que ellos ejercen. Nosotros siempre somos los perros, ellos los amos: nosotros solo comemos los huesos, i ellos las perdices que nosotros cazamos (*El Huasquino*, nº195, 1856, 1).

Benjamin explica que toda narración trae consigo, abierta o velada, “el tener un consejo que dar” (2010 64). Para el caso de los folletines, será recurrente entonces encontrarnos con la afirmación “en mi experiencia”, “esto a mí me pasó” o “nosotros sabemos que...”, como sucede en la cita recién referenciada. Es decir, el sujeto de la enunciación se involucra y además, como estrategia retórica, incluye a quien está leyendo, dándole a entender que de aquello sobre lo cual habla existe un acuerdo común. Otro ejemplo de esto se lee en el siguiente ejemplo, el cual también tiene como tema central a la prensa:

El ideal de un editor de revistas

(lo que puede y debe hacerse para dar vida propia i holgada a la literatura nacional)

I. La nación

La nación chilena como raza, como stirpe, i como habitadora de un remoto rincón de la tierra, es en jeneral silenciosa. [...]

El pueblo de Chile hace poco, lee menos, si bien trabaja i produce, i de esto su fuerza. [...]

De ahí el poco expendio que la palabra escrita encuentra en nuestro país [...]

De ahí es que con dos o tres excepciones (tal vez una va de mas) todos los grandes diarios languidecen i todas las revistas científicas i literarias siguen la suerte de los párvulos en este sano clima, es decir, mueren en la lactancia.

II.

Frente a la experiencia recojida¹⁰, i de la cual estas lejitimas apuntaciones son simples etapas en el papel, el editor de la revista que hoi se estrena [...] se propone llegar lejos [...] (*La Lectura*, nº 1, 1883, s/d).

Los textos de la sección folletín mantienen el “continuará” como rasgo característico central de este apartado de los periódicos. Esta incompletitud que apela al suspenso, y que por supuesto va hermanada con la necesidad de generar un público fiel que se suscriba a los periódicos, nos remite nuevamente al *Narrador*, ya que, según explica Benjamin recordando *Las Mil y Una Noches*, “no hay relato alguno ante el cual pierda su derecho ‘¿y qué pasó después?’” (2010 83), en cambio en la novela el único destino del lector o del oyente será cuando éste lea o escuche “fin”.

Por último, para Walter Benjamin el verdadero narrador es aquel que guarda fidelidad a su mirada y a su modo de percibir el mundo, por lo que va a recurrir a su lenguaje para lograr dar mayor asertividad a la experiencia que va a contar. En línea con lo planteado antes, acerca de la importancia que dio Sarmiento al uso de un léxico reconocible por el pueblo chileno para captar más lectores y lograr que éstos se identificasen con lo narrado, *La Revista* (1899) da muestra de esto en su folletín:

Impresiones de un Huaso¹¹

Mi iñor: agarro la pluma

I en despué la libertá

De escribirle estas versainas

Que aunque no sirven pa na

Le dirán como pasé

El dieziocho en la ciudá

Ensillé, ayer en tarde,

Mi yegüita colorá,

I me largé pa Santiago

Con mis chauchas y demá [...] (*La Revista*, nº 1, 16 de septiembre, 1899, 7).

¹⁰ El subrayado y ennegrecido es nuestro.

¹¹ Hemos transcrito tal y como aparece el texto en su versión original.

En este folletín hay un esfuerzo de transcripción fonética que lo vuelven mucho más interesante. Pero además, destacamos lo que, en palabras de Benjamin corresponde a la “memoria épica” (80), pues es un suceso cotidiano, sin, aparentemente, mayor valor, pero el sentido del recuerdo y la disposición de narrar apelando permanente a un “esto va a pasar”, se acentúa con el ya señalado “continuará”, y releva el valor y la existencia de un narrador (en términos benjaminianos). A lo anterior, es importante destacar que el método creativo del cual el autor de este folletín se vale, pues al enmascarar su voz en un personaje foráneo a la capital (el huaso), el relato se vuelve aparentemente más inocente y objetivo.

4. CONCLUSIONES

La sección folletín en su segunda y menos conocida acepción, es decir, la de espacio de divulgación de textos de distinto orden, guarda como complejidad la dispersión y escases de trabajos en torno a ella, lo cual vuelve complejo la sistematización y análisis de la misma. Es por ello que en este trabajo planteamos una propuesta de periodización de los folletines allí aparecidos, siguiendo como método de trabajo a R. Chartier, con el propósito de organizar el corpus y de demostrar que la producción que en dicho apartado se publicó no fue uniforme a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

Respecto del análisis crítico de los folletines, optamos por problematizarlos desde Walter Benjamin, lo cual sobrepasa la discusión, respecto de si se trata de textos literarios o periodísticos, y además complementa y otorga fundamentación teórica a la caracterización de los discursos divulgados en esta sección, evitando que nos limitemos a entregar un listado de cualidades que podrían o no reiterarse en ellos. Junto a esto, hacer operativas las ideas principales del intelectual de Frankfurt nos permitió subrayar aquellos aspectos de los folletines en los cuales se hace hincapié al desencanto del mundo que dichos textos expusieron, puntualmente en lo relativo al cambio desde la independencia política a la independencia intelectual, y también desde la Colonia hacia la República.

Podemos concluir entonces, que considerando que los discursos aparecidos en la sección folletín sufrieron cambios durante el período estudiado y además fueron comprendidos, interpretados y practicados de diversas formas, éstos se constituyeron en praxis social, lo cual nos lleva a considerar que en esta sección se incubó un estilo escritural que bien podríamos denominar género, y cuyo centro de construcción es la existencia de un narrador benjaminiano.

BIBLIOGRAFÍA

Revistas citadas

El Huasquino, nº195, 22 de noviembre, 1856.

El Lorito, nº 2, 21 de junio, 1894.

El Picaflor, nº 1, 1875.

El Progreso, nº 16, 28 de noviembre, 1842.

La Brisa de Chile nº 1, 1875.

La Lectura, nº 1, 1883.

La Revista, nº 1, 16 de septiembre, 1899.

Crítica

Acosta, Carmen. “Leerse en la novela y formar parte de la cultura nacional (Colombia a mediados del siglo XIX)”. *Orbis Tertius*, XVII, nº 18 (2012): Disponible en <<http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv17n18d02>>

—. *Lectura Y Nación: Novela Por Entregas En Colombia, 1840-1880*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura, 2009.

Alvarado, Marina. *Revistas culturales y literarias chilenas de 1900 a 1920: legitimadoras del campo literario nacional*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2016.

—. *Revistas culturales chilenas del siglo XIX (1842- 1894): Historia de un proceso discontinuo*. Santiago: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 2015.

Arcos, Carol. “Novelas-folletín y la autoría femenina en la segunda mitad del siglo XIX en Chile.” *Revista Chilena de Literatura*, Nº 76 (2010): 27-42.

Arendt, Hannah. *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós, 2009.

Barros Léméz, Álvaro. *Vidas de papel. El folletín en América Latina en el siglo XIX*. Montevideo: Monte Sexto, 1992.

Benjamin, Walter. “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”. En *Discursos Interrumpidos. Filosofía del arte y de la historia*. Buenos Aires: Taurus, 1989. 15- 57.

—. *El Narrador*. Santiago: Ediciones Metales Pesados, 2010.

Blume, Jaime y Clemens Franken. *La crítica literaria del siglo XX: 50 modelos y su aplicación*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2006.

Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2005.

Brunner, José Joaquín y Gonzalo Catalán. *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*. Santiago: FLACSO, 1984.

Cánepa, Gina. “Folletines históricos del Chile independiente y su articulación con la novela naturalista”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 15, no. 30 (1989): 23-34.

- Chartier, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa, 2005.
- Fernández Bravo, Álvaro. “La frontera portátil: Nación y temporalidad en Lastarria y Sarmiento”. *Revista Iberoamericana Vol.LXIII, Núms. 178-179* (1997): 141-147.
- Ferreras, Juan Ignacio. *La novela por entregas, 1840-1900: concentración obrera y economía*. Madrid: Taurus, 1972
- Garrels, Elizabeth. “El *Facundo* como folletín”. *Revista Iberoamericana, vol. LIV, núm. 143* (1988): 419-447
- Gazmuri, Cristián. *Historia de Chile 1891-1994. Política, economía, sociedad, cultura, vida privada, episodios*. Santiago de Chile: Ril Editores, 2012.
- Gómez Redondo, Fernando. *Manual de crítica literaria contemporánea*. Madrid: Castalia, 2008.
- Laera, Alejandra. *El tiempo vacío de la ficción: Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Ossandón, Carlos y Eduardo Santa Cruz. *Entre las alas y el plomo. Gestación de la prensa moderna en Chile*. Santiago: Lom, 2001.
- Ossandón, Carlos. *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas*. Santiago: Lom, 1998.
- Pas, Hernán. “¿El “salto” de la modernidad? Notas sobre literatura, mercado y modernización en el siglo XIX”. *Varia Historia vol. 28, n° 47* (2012): 301- 318.
- Pas, Hernán. “Opinión pública y autoría: El recurso de la prensa periódica, o cómo devenir autor a mediados del siglo XIX en Sudamérica”. II Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. 3- 5 Oct. 2011. La Plata, Argentina: Universidad Nacional de la Plata, 2011.
- . “Literatura, prensa periódica y público lector en los procesos de nacionalización de la cultura en Argentina y Chile (1823-1863)”. Tesis Doctoral Universidad Nacional de La Plata de Argentina, 2010.
- Poblete, Juan. *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2002.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2003.
- Rojas, Ricardo. *Historia de la Literatura Argentina: Ensayo filosófico sobre la Evolución de la cultura en El Plata*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1948.
- Santa Cruz, Eduardo. *Conformación de espacios públicos, masificación y surgimiento de la prensa moderna en Chile del siglo XIX*. Documento de trabajo número 28. Proyecto FONDECYT 1970206. Santiago de Chile: CEME- Centro de Estudios Miguel Enríquez- Archivo Chile, 1998.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Obras de D. F. Sarmiento, Tomo I: Artículos críticos y literarios 1841-1842*. Paris: Belin Hermanos Editores, 1909.

Subercaseaux, Bernardo. "Literatura y prensa de la Independencia. Independencia de la literatura". *Revista Chilena de Literatura*, 77 (noviembre 2010): 156- 180.

Valdebenito, Alfonso. *Historia del periodismo chileno (1812- 1955)*. Santiago: Imprenta Fantasía, 1956.